

Capítulo 1 - -  
Escapando  
mediante una  
Transmutación  
Inesperada - Una  
Guía Práctica para la  
Hechicería [Libros 1-  
4 en revisión desde  
el 3 de julio]

- Capítulo 1 - - Escapando mediante una Transmutación Inesperada - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4 en revisión desde el 3 de julio]

# Capítulo 1 - - Escapando mediante una Transmutación Inesperada - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4 en revisión desde el 3 de julio]

Siobhan

28 de septiembre, lunes, 1:00 a.m.

Por una vez, Siobhan sintió gratitud por la ingenuidad de la gente común. Los policías no eran la excepción, incluso en una gran ciudad como Gilbratha. Temblando en la oscuridad, echó otro vistazo al callejón tras la posada, tirando hacia abajo el capucho de su capa desgastada y robada. Tenía que asegurarse de que la emboscada que habían preparado no se cerrara en torno a ella como una pinza. Los policías estaban apostados en ambas esquinas de la calle, y suponía que estaban aguardando en la sala común de la posada, y probablemente también afuera de su puerta.

Los policías tenían la idea correcta, apostados cerca del cuarto alquilado por su padre.

A Siobhan le hubiera gustado no volver a la posada, pero no tenía otra opción. Sus pertenencias, incluido su grimorio, estaban allí. No podía permitirse perder lo poco que poseía. Por suerte para ella, los policías aparentemente no habían considerado que ella no era una tonta total. No simplemente entraría por la puerta principal, ignorando todo.

Hasta donde ella sabía, la habitación seguía intacta, probablemente porque habían notado la sencilla alarma mágica que había colocado en el marco de la puerta. Activarla le hubiera alertado del avance de la caza y le habría impedido caer en su trampa.

O bien, habían sabotajeado la protección y estaban esperándola en la habitación oscura, con los guardias más evidentes como cebo, para distraerla y hacerla bajar la guardia.

Siobhan hizo una mueca, mirando hacia la ventana de varias ventanas del segundo piso, oscura y enmarañada. Tendría que ser cuidadosa. “Escalar un edificio no debe ser tan difícil, ¿verdad? Después de todo, no tengo otra opción.” Con un suspiro nervioso y evitando pensar en la posibilidad de caerse, cruzó el callejón. Sus manos alcanzaron las tablas de madera y empezó a trepar, colocando los dedos y los dedos de sus botas donde pudo.

La madera estaba levemente húmeda y, en más de un lugar, tenía una capa viscosa y resbaladiza. Cuando llegó al segundo piso, su mano derecha resbaló, pero logró no gritar, a pesar de romper la mayoría de las uñas de su mano izquierda mientras apretaba aún más los dedos en la grieta. “Y todo ese esfuerzo para hacer crecer esas uñas estúpidas,” pensó con ironía. “Supongo que realmente nunca encajaré en la alta sociedad.” Se desplazó lateralmente hasta llegar a la ventana de la habitación que había dejado esa mañana, un tiempo que ahora parecía haber sido hace una vida, lleno de inocencia y esperanza.

Apoyando las puntas de sus botas entre los paneles de revestimiento de madera, miró dentro, moviendo lentamente la cabeza para no atraer atención. Sus dedos temblaban en el borde del alféizar con la presión que ejercía, y sentía angustiosamente lo cerca que estaba de caer hacia atrás. No vio a nadie en el interior, ninguna sombra oscura que pareciera más sospechosa que cualquier otra.

Siobhan también había puesto la protección mágica sobre la ventana, pero eso no importaba, a menos que fueran mucho más inteligentes de lo que ella les atribuía. Si eran tan astutos, simplemente tendría que huir, otra vez.

No, el problema mayor era su falta de entrenamiento formal o experiencia en forzar entradas. La cerradura estaba asegurada desde el interior. Estaba segura de que existían conjuros que podían atravesar una barrera y deshacer un cerrojo simple. Sin embargo, no conocía ninguno.

Eso habría llevado a un problema, si no fuera por la naturaleza versátil de la hechicería.

«No puedo permitir que algo tan trivial me detenga», pensó, lanzando una mirada fulminante a los paneles de vidrio rodeados de madera. « Necesito mi grimorio. » Se aseguró de que sus pies estuvieran firmes y, entonces, soltó el apretado estrangulamiento de una mano en el alféizar de la ventana. Sus dedos fríos y torpes rebuscaron en uno de los bolsillos de la chaqueta raída que llevaba debajo de la capa aún más deteriorada. Sacó un lápiz de cera suave y dibujó con precaución un pequeño Círculo en el cristal, que encerraba por completo uno de los paneles del tamaño de una mano. Allí sería donde la magia surtiría efecto.

No podía haber fisuras en el Círculo. Los errores podían ser fatales.

Aunque temblaba por el esfuerzo, Siobhan dibujó lentamente un Círculo más grande que rodeaba al primero, arrastrando el lápiz por las divisiones de madera entre los paneles con una precisión cuidadosa. Ahí escribiría la Palabra, las instrucciones que guiarían la magia hacia el propósito correcto.

Dibujó un tercer Círculo, pequeño, sobre el alféizar, y lo conectó al Círculo exterior en el cristal mediante una línea. Ese era un Círculo componente, donde colocaría el Sacrificio, que sería

consumido al realizar el hechizo. Escribió dentro de él el glifo de "fuego", aunque no sacrificaría fuego real. Era suficiente que sugiriera la idea de calor para que funcionara. Tras rebuscar en sus bolsillos, encontró un frasco de miel, de cuya viscosa gota vertió despacio en el Círculo componente sobre el alféizar. Luego, una pequeña bola enrollada de pegajoso material similar—hormigas tejedoras. Intentó alcanzar una bola de algodón, pero no encontró ninguna.

Mordiéndose una maldición, volvió a buscar el lápiz de cera y escribió en el espacio entre los dos Círculos superpuestos en el cristal el glifo de "silencio". No conocía el glifo de "quietud", pero sí el de "lento", así que eso fue lo que escribió. Logró acomodar las instrucciones adicionales que pudo, pero no fue mucho. Finalmente, dibujó un pentágono dentro del Círculo interior.

Cometió el error de mirar hacia abajo y tuvo que tragar el nudo en la garganta y estabilizar sus piernas temblorosas. La magia requería concentración. No podía permitir que sus circunstancias atenuaran su agudeza si quería tener éxito. « Mi abuelo no me enseñó a ser una hechicera con problemas de rendimiento », pensó, frunciendo el ceño al reflejo débil que se veía en el cristal.

« Tampoco me enseñó a inventar conjuros por desesperación... » Este pensamiento surgió en su mente sin ser invitado, y ella lo apartó con fuerza. Los conjuros no probados siempre eran peligrosos. Era mucho más seguro copiar un hechizo que ya conociera y que hubiese sido probado durante generaciones de uso frecuente, que intentar algo totalmente nuevo. Si la magia se rebelaba y perdía el control, podría morir.

Pero ella estaba desesperada. « Es un hechizo lo suficientemente simple. Seguramente, al menos algunos hechiceros ya han hecho algo similar antes. Y, aunque la magia se vuelva salvaje, solo significará que debo controlarla con más tenacidad ».

Miró con fruición el patrón de hechizo que había dibujado y dejó que su Voluntad se derramara al mundo, activando el conjuro. La magia tomó el control del panel de cristal, y ella gimió de incomodidad. El patrón demostraba su ineficacia al emitir un resplandor. Se concentró con más fuerza y la luz se atenuó, aunque no lo suficiente como para pasar desapercibida realmente. Siobhan solo podía esperar que nadie estuviera observando, porque el resplandeciente patrón de hechizo sería evidente en la oscuridad.

Tras apresurarse a envolver su mano libre con un puñado de su manto, asestó un agudo golpe contra el cristal. Por suerte, no hubo un estruendoso estallido de vidrio. Por desgracia, eso no ocurrió porque su hechizo hubiera amortiguado el sonido con éxito, sino porque la fuerza de su golpe había sido demasiado débil para romper la ventana.

Siobhan retrocedió el puño y golpeó con más fuerza. Esta vez, la luna de cristal se rompió. El sonido de los cristales estallando fue amortiguado, y los fragmentos flotaron lentamente hacia el sucio suelo interior, como plumas.

‘Plumas, eso habría sido un buen componente. Un par podrían haber aliviado el drenaje de voluntad. Y tal vez un pentagrama habría sido mejor que un pentágono.’ pensó ella, liberando el esfuerzo mental que mantenía activo el hechizo. Donde antes estaba el Círculo de componentes, ahora solo quedaba la miel y un bulto de tela de araña. Toda el área esférica interior se había congelado hasta volverse tan sólida que sabía que quemaría su piel y se desprendería de la pared

si la tocaba. El aire se volvió visible al pasar sobre ese punto, pequeñas partículas de agua se convertían en hielo en un instante.

Había agotado todo el calor. Un trabajo de hechicería tan ineficiente daba vergüenza, y un poco de susto, porque si el hechizo se quedaba sin energía, ella podría estar muerta. Aún así, era lo mejor que podía hacer en ese momento, y funcionó.

Siobhan atravesó la apertura recién creada y, con un simple movimiento de su dedo, abrió la cerradura. La pieza de madera crujió. Se quedó helada, esperando una respuesta. No obtuvo ninguna, salvo un escalofrío repentino del guijarro alojado en el borde de su bota, que alertó a su amuleto de la intrusión. Con cuidado, abrió la ventana, echándose hacia atrás de manera que le produjera náuseas permitir que se abriera hacia afuera. Subió a la habitación con cautela, procurando no poner el pie en los fragmentos de cristal abajo.

Un esfuerzo de memoria le permitió imaginarse el estado de la habitación cuando ella y su padre la abandonaron, y una rápida mirada confirmó que nada parecía haber cambiado. Se apresuró a recoger sus cosas, y solo recordó en el último momento que una tabla del suelo crujió al pisarla, justo a tiempo para evitarlo.

Agarró su pequeña mochila, que contenía su grimorio, una cajita con componentes mágicos y su Segundo Conducto de repuesto, además de su ropa de más uso, la que no había querido llevar a la Universidad, y su peine, que por supuesto estaba libre de cabello, como le enseñó su abuelo.

Luego, recogió las pertenencias de su padre, las que fueran lo suficientemente ligeras para llevar. Finalmente, realizó una rápida revisión de las incómodas camas de paja del posada en busca de cabellos sueltos u otros restos que pudieran haber dejado atrás, mediante un hechizo bien practicado que convertía cualquier objeto en cenizas sin olor.

Cuando estaba terminando, se escucharon pasos distintivos de cobre desde las escaleras de abajo, los tacones de cobre en las suelas de sus botas haciendo clic contra la madera.

Siobhan se aseguró de que sus bolsas estuvieran firmemente sujetas a su cuerpo y volvió a la ventana. Un trozo de cristal, invisible en la sombra, se rompió bajo su bota. Se quedó helada.

Justo fuera de la puerta, alguien movió su peso, sus botas haciendo ruido sobre el piso de madera.

Se apresuró a arrastrarse de vuelta por la ventana, torpe por la carga. Para su alivio, la puerta no se abrió de golpe, seguramente la habría descubierto a mitad de la maniobra para salir.

“Investigador,” saludaron dos hombres, cuya voz delata la tensión de aquellos que saben que no han sido tan cuidadosos en su labor como deberían.

“¿Algo que reportar?” replicó una tercera voz, con la indiferencia de quien habla con monotonía, mientras el roce de una garganta irritada enturbia el sonido.

“No, Investigador,” fue la respuesta conjunta.

El hombre dejó escapar una tos húmeda. “Tenemos al rompehabitats aquí. Los ocupantes son Ennis Naught y su hija, sin prueba de licencia para la taumaturgia, así que estamos listos para romper el amparo. Después de una pausa, añadió en un susurro molesto, ‘Seis horas después’.”

Uno de los guardias soltó una risa nerviosa mientras Siobhan se reclinaba y cerraba la ventana. Alcanzó a través de la abertura que había creado y volvió a asegurar la cerradura, luego contempló con horror creciente el cristal roto de la ventana.

“Maldita burocracia de la Corona,” dijo el guardia con una risa incómoda. “Siempre complicando nuestro trabajo, ¿no crees?”

El investigador no respondió, pero se escucharon más movimientos nerviosos, seguido por otra serie de pasos y el seco raspar de tiza contra el otro lado de la puerta.

Siobhan contuvo un torrente de insultos mientras se desplazaba por la pared, intentando no dejar que las bolsas la arrastraran hacia atrás. ‘Espero que tu piel arda quemada por un demonio de fuego de uno de los infiernos mayores,’ pensó. ‘¿Cómo te atreves a ponerme en esta situación, criminalmente irresponsable, ladrón, pésimo cuidador? ¡Si el abuelo todavía estuviera aquí, nunca me verías bajar por el lado de alguna posada infestada de pulgas para escapar de los policías! ¡El abuelo nunca habría usado a un señuelo para evadir su propia criminalidad fraudulenta!’

Distraída por su propia diatriba mental, un paso mal colocado fue suficiente para que las bolsas en su espalda y la fuerza inmutable de la gravedad empujaran su agarre en la pared, haciendo que cayera de espaldas.

Reprimió un grito, experimentando un instante de pánico antes de caer sobre el húmedo empedrado de la callejón. El impacto le arrebató el aliento con un “¡uf!” audible.

Las bolsas, llenas principalmente de telas, amortiguaron su caída. Archó la espalda y se esforzó por respirar, con las manos buscando en el aire, con la boca abierta como un pez. ‘Oh, me he matado,’ gritó mentalmente. ‘Qué horrible final, aplastada contra el suelo...’ Un pequeño suspiro entró en sus pulmones, abriendo camino a más. Cuando estuvo segura de que su espalda no se había partido como un incienso por la caída, se incorporó y se tambaleó para ponerse de pie, solo para congelarse al ver una luz que brillaba desde la ventana superior.

Debieron haber destruido el amparo en la puerta, ya que no le alertó de la intrusión.

Un breve debate mental sobre si sería más sigiloso apoyarse contra el lado del edificio para ser más difícil de detectar, o quedarse quieta para evitar llamar la atención con movimientos sospechosos en la oscuridad, no produjo una respuesta clara. No tuvo tiempo de pensar en una mejor opción, porque uno de los que estaban arriba se acercó rápidamente a la ventana y miró afuera.

Cuando proyectaron un haz de luz en el callejón donde ella se escondía, todos sus pensamientos de sigilo desaparecieron y Siobhan huyó a toda prisa.

Se escucharon gritos tras ella y, al girar en la esquina hacia la calle, el policía al final de la cuadra la alcanzó y la persiguió.

En lugar de maldecir, Siobhan reservó su aliento para escapar.

«¡Alto!» gritó el policía de cobre.

Ella lo ignoró, rodeando la esquina más cercana y corriendo a ciegas por el callejón. Esta parte de la ciudad solo tenía una escasa lámpara de cristal que iluminaba la oscuridad, lo cual le favorecía y le perjudicaba al mismo tiempo.

Los pasos resonantes del policía se escuchaban con claridad detrás de ella, pronto acompañados por otros mientras sus compañeros la perseguían.

Se apartó corriendo en otra esquina, sus botas resbalando en algo podrido y viscoso mientras se adentraba más en el laberinto de edificios mal planificados y contruidos de manera descuidada. Detrás de ella, un destello rojo iluminó el muro que acababa de cruzar, impactado por un proyectil mágico. Un hechizo de aturdimiento.

«Al menos no están intentando matarme», pensó Siobhan, algo histérica.

Con el corazón en la garganta, Siobhan impulsó sus brazos y piernas aún más rápido. No tenía idea de hacia dónde se dirigía. Si hubiera tenido tiempo, habría inspeccionado el área circundante antes de regresar por sus cosas, pero apenas había logrado encontrar la posada tras escapar de la Universidad. Había tenido razón al no esperar más; de lo contrario, los policías habrían entrado en la habitación antes que ella y sus escasos recursos, recién recuperados, se habrían perdido. La fatiga la invadía rápidamente. Nunca había sido especialmente atlética, y correr a toda velocidad durante mucho tiempo, cargando con un tercio de su peso en equipaje, era sorprendentemente difícil.

Llegó a una intersección en forma de "T". Un giro frenético alrededor de la esquina la hizo tropezar con desechos ocultos en la oscuridad. Se desplomó de bruces, rasgándose las palmas contra la piedra y pegándose contra el suelo, lo cual hizo que sus pulmones, ya doloridos, aún más.

Siobhan se levantó a trompicones y se encontró cara a cara con la terminación abrupta de un callejón corto. No había ninguna salida. Giró en dirección contraria, esperando que el callejón se extendiera en otra dirección, pero resultó ser también un callejón sin salida. La única vía que le quedaba, el mismo que acababa de recorrer, llevaba de regreso directamente a los policías que la perseguían.

Su respiración se aceleraba y su cabeza giraba en busca de algo, cualquier cosa que le permitiera escapar. '¿Tengo un hechizo que pueda ayudarme aquí?', se preguntó. No pudo pensar en ninguno. Por el sonido de los gritos y pasos claros, no le quedaba tiempo para dibujar un Círculo ni pronunciar la Palabra que guiara un hechizo, incluso si conociera uno que pudiera servirle.

Cuando una ventana en el extremo opuesto del callejón se abrió con un chirrido y apareció la cabeza de un hombre mirándola, su corazón dio un salto, como si quisiera trepar por su garganta y

escapar de su cuerpo.

En lugar de gritar que la había atrapado o apuntarle con una varita de batalla, el hombre de cabello oscuro la llamó con la mano. «Date prisa», susurró en voz baja.

Siobhan dudó menos de un segundo; un extraño sospechoso en el barrio pobre de la ciudad, que al menos nominalmente quería ayudarla, era lamentablemente la mejor opción en ese momento. Corrió hacia el callejón, conteniendo la respiración al exponerse brevemente a los policías que se acercaban.

Un nuevo destello de luz roja salió disparado hacia ella desde la punta de una varita de batalla, pero el disparo fue errado. El hechizo golpeó la pared nuevamente sin efecto, dejando una marca de quemadura sutil y una nube de vapor al fondo. Ese había sido más potente que el anterior.

Ella tomó de la mano extendida del hombre de cabello oscuro. Con un esfuerzo conjunto, logró trepar por la ventana, sus mochilas rozando el marco y atrapando durante un instante de pánico antes de soltarse. Siobhan cayó al suelo, con los ojos desorbitados, y el hombre de inmediato cerró la ventana y se internó más en el edificio. Mientras ella luchaba por recuperar la orientación, él recogió una pequeña linterna de aceite del suelo, cuya llama interior iluminaba la oscuridad con un parpadeo naranja apagado.

“Sígueme”, dijo, enunciando las palabras con claridad y con una confianza que le demostraba que ni siquiera había considerado que ella pudiera hacer otra cosa.

Ella obedeció, notando la postura erguida del hombre y la tela cara y cortada elegante de su traje. Este hombre no parecía uno de los pobres habitantes del lugar, pero a menos que estuviera llevándola a una trampa elaborada, tampoco era un policía. Buscó signos de magia—los muchos bolsillos llenos de materiales de componente, o una gema lo suficientemente clara como para ser un Conducto. A pesar del corte a la moda de su ropa, sus bolsillos no parecían contener nada, y no llevaba joyas. Eso solo no significaba que no fuera un taumaturgo de algún tipo, pero probablemente no era un brujo, al menos.

La condujo por una puerta lateral a un callejón estrecho, y luego a un edificio en la otra acera. Una vez que cerraron la puerta tras ellos, él miró por un pequeño agujero en una ventana tapiada y, tras unos segundos, suspiró aliviado. “Deberíamos estar seguros de esperar aquí a que pase.” Colgó la linterna de un clavo en una viga de apoyo cercana y se volvió para mirar a Siobhan. Estaba afeitado, con el cabello ondulado cayendo sobre la frente de manera que parecía algo infantil, pero su mandíbula angular lo contrarrestaba. Sus labios se curvaron en una ligera sonrisa burlona, dándole una expresión de leve diversión mientras la observaba.

Se apartó a una distancia segura de él.

Él dejó escapar un suave resoplido, como si le hubiera ofendido. “Le aseguro que no tengo intención de hacerle daño.”

“Perdóneme si sus palabras no logran convencerme en lo más mínimo,” respondió ella, aún algo sin aliento.

Él levantó las manos en un gesto inocente. “Le he ayudado a eludir a las fuerzas del orden asumiendo un riesgo propio. ¿Qué más puedo hacer para tranquilizarla?” A pesar de sus palabras, algo en la diversión de su tono bajo transmitía claramente que no era un peligro para ella solo porque elegía no serlo.

Siobhan comprendió muy bien la sombra de cuero que descansaba contra su espalda y el amuleto que colgaba de uno de los cordones de su cuello, ambos disfrazados con su ropa. ‘Quizá tenga un Conducto, y simplemente esté oculto’.

Lo miró con desdén, levantando la barbilla. “Quizá pueda explicar cómo es que se encontró en una posición tan conveniente para venir en mi auxilio.” Siobhan, alta para una mujer, era muy consciente de que sin magia poco podía hacer contra la mayoría de los adversarios.

Lamentablemente, su Voluntad estaba casi agotada y, atrapada en un espacio tan pequeño, sin siquiera un artefacto de combate, no tendría tiempo suficiente para lanzar magia en serio antes de que fuera demasiado tarde. Quitó las correas de las mochilas de sus hombros por si acaso debía moverse con agilidad. Solo serían puntos de apoyo adicionales para que alguien la pudiera sujetar.

Él la observó con evaluación. “Soy un filántropo.”

Los ojos de Siobhan se entrecerraron. “Eres un criminal,” dijo, desafiándolo con su tono a negarlo.

Metió las manos en los bolsillos y sonrió con aire de superioridad. “Entonces somos iguales, ¿no?”

La observó con atención, evaluando mentalmente el valor de su atuendo, que probablemente equivalía al precio del Conducto en su bolsillo. Su postura era arrogante y segura, como la suya, pero la suya era fruto de entrenamiento consciente y autodisciplina, mientras que la de ella emanaba de una arrogancia innata y una vida de privilegios. No se molestó en esconder su desprecio. “No, creo que no.”

En lugar de ofenderlo, esto provocó que una comisura de su boca se curvara en una expresión de diversión. “¿Así que evades la ley por... inocencia?”

No supo qué responder. ‘¡He sido implicada sin querer en un delito que arruina vidas, pero soy inocente, lo juro!’ no parecía probable que lo convenciera, suponiendo que ella viera la necesidad de defenderse, cosa que no hacía. ‘Aunque me creyera, ya es demasiado tarde para cambiar las cosas.’

El hombre no dejó que el incómodo silencio se prolongara. “Quizá puedas aceptar que, por el momento, nuestros intereses parecen estar alineados?”

“Conozco mis intereses. ¿Cuáles son los tuyos?”

Su expresión se tornó un poco más seria. “Te has hecho un nombre en muy poco tiempo. La ciudad no para de comentarlo—” Interrumpió al escuchar el característico sonido de botas con tachas de cobre golpeando contra los adoquines, resonando en el callejón junto a ellos.

Esta vez, los policías no corrían.

Al escuchar cómo golpeaban una puerta cercana exigiendo entrada, Siobhan sintió que podía vomitar. “¿Hay otra salida?” susurró, metiendo la mano en la chaqueta para agarrar su Conducto, aunque sabía que una vez que la encontraran, toda esperanza se habría perdido.

Él sacudió la cabeza lentamente, como si finalmente aceptara la derrota de su indiferencia inicial.

En el callejón, los policías derribaron la otra puerta al no obtener respuesta.

Su otra mano se elevó para presionar contra su pecho, sintiendo el amuleto contra su piel. Miró alrededor, pero no había ventanas más que la tapada junto a la única puerta.

El hombre volvió a asomar la cabeza por el hueco en la tabla de la ventana. “Nos queda menos de un minuto. ¿Hay algo que puedas hacer? ¿Un hechizo? ¿Algo para ocultarnos o quizás una gran explosión para derribarlos y que no puedan perseguirnos?”

“No, no,” respondió, palpando los bolsillos de su chaqueta, con la esperanza de estar equivocada. ‘¿Por qué el abuelo nunca me enseñó hechizos de combate?’ se lamentó en silencio. ‘¿Hay algún tipo de magia además de la hechicería que pueda usar?’ Su mente repasó su conocimiento—todo lo que su abuelo le había enseñado, lo que había aprendido de otros taumaturgos en sus viajes con su padre, y las cosas que había experimentado.

Tenía unas ungüentos curativos menores en su mochila, y el medallón que colgaba de su cuello la protegería contra ciertos peligros, pero ninguna de las magias que conocía era especialmente ofensiva, y de los hechizos que podrían ser útiles, no podía lanzarlos rápidamente.

La magia era la respuesta a casi todos los problemas, pero solo si se era muy, muy habilidoso en ella. Su ignorancia y falta de destreza condenaban su suerte.

Los policías estaban en la puerta. Uno golpeó con fuerza, exclamando: “¡Por orden de las Coronas, abrir!”

El hombre se arregló el cabello hasta que quedó de pie, se quitó la chaqueta y desabrochó el cuello de su camisa, luego se colocó entre ella y la puerta, con las rodillas ligeramente flexionadas como si se preparara para un movimiento repentino.

¿Piensa él enfrentarse a los policías? ¿Qué puede esperar lograr, sin armas, contra una varita de combate?

El bosque tembló bajo otro golpe brutal de un puño.

La mano libre de Siobhan se aferró al artefacto. “Creo que voy a desmayarme.” Cuando el primer hechizo contundente del policía sobre la puerta rompió la madera, sus ojos se cerraron en un reflejo de pánico. Su mente se acomodó instintivamente en la perspectiva que le permitía canalizar su Voluntad, y extendió la mano para acceder a la poca fuerza que podía emplear sin un Círculo. Su cuerpo se enrojeció con un cosquilleo cálido. “Oh no, realmente voy a perder el conocimiento...”

El segundo ataque atravesó el marco de la puerta, haciendo que esta se estrellara contra la pared y que astillas de madera volaran por la habitación.

Su supuesto salvador se estremeció, levantando las manos ante la amenaza de la varita de batalla extendida del policía. Su postura mostraba que no quería hacer daño, pero sus rodillas seguían ligeramente dobladas, tal vez esperando sorprender al enemigo.

Un hombre y una mujer uniformados estaban en el umbral destrozado, ambos respirando con dificultad.

Siobhan decidió que atacaría si su aliado provisional también lo hacía. Tal vez no fuera muy útil en un combate de puños, pero al menos podía equilibrar las ventajas y, quizá, impedir que llamaran refuerzos mientras el hombre luchaba contra la otra policía.

La compañera del policía se desplazó a su lado, iluminando con una linterna ambos. La mujer miró a su alrededor con desconfianza, sus ojos recorrieron las esquinas oscuras de la habitación y finalmente se clavaron en ellos con furia.

Guiada por la intensidad de la luz, Siobhan aflojó los puños, dejando su Conducto en el bolsillo, y levantó las manos hacia el aire. Sus ojos bajaron hacia la varita de batalla en la funda del cinturón de la policía femenina. “Ese artefacto probablemente contiene más de esos hechizos paralizantes. Diseñados para incapacitar, no para matar.” Quizás, si se lanzaba con rapidez, podría arrebatársela y usarla contra ella y su compañera. “La varita no debe ser tan difícil de manejar, ¿verdad?”

Diseñó su línea de ataque en una furia concentrada, una convicción ardiente. “Puedo hacerlo. Puedo.” Dos pasos adelante, agacharse para esquivar el hechizo del policía masculino, girar para llegar a su lado y, al mismo tiempo, usarla como escudo parcial. Agarrar la varita —

“¿Has visto a alguien pasar por aquí? Mujer alta con cabello oscuro y quizás cubierta con un capote con capucha. Una taumaturga,” dijo la mujer.

Siobhan parpadeó. “¿Es una broma?” Su capote se había caído sobre los hombros, revelando su rostro y cabello. La mujer la miraba directamente. Quizá sus descripciones de su apariencia estaban equivocadas, tal vez era alguien mayor o con rasgos aterradoramente malvados, como ojos rojos que brillaran. Siobhan evitó cuidadosamente mirar los paquetes en el suelo, que eran más evidencias de su identidad.

Su rescatador volteó a mirarla, y el ligero ensanchamiento en sus ojos al posarse en ella, sumado al pinchazo de dolor por las botas demasiado ajustadas que hasta hacía unos segundos le quedaban bien, le dieron la última pista que necesitaba.

“Escuché pasos entrando en el edificio al cruzar la calle,” dijo ella, esperando que su estremecimiento al hablar no fuera perceptible. La voz era áspera y profunda, claramente masculina. Carraspeó, esforzándose por imitar el acento de los pobres de Gilbrathan. “Había una luz brillante, verde. Pensamos que lo mejor sería mantenerse fuera del camino.” No era actriz, pero con un propósito singular, un simple cambio en los modismos no resultaba tan difícil. Esperaba no parecer sospechosa, ya que no se había preparado para esto. Aún así, era mejor hablar poco,

darles menos oportunidad de notar algo extraño.

—No abrieron la puerta cuando llamamos a la entrada—dijo el policía, con tono acusatorio.

—Estábamos... ocupados. La rompieron antes de que pudiéramos hacerlo—se disculpó su rescatador, ajustándose incómodamente el cinturón de sus pantalones.

‘Él está insinuando que soy una prostituta—comprendió Siobhan, sin necesidad de fingir culpa, con una expresión avergonzada en el rostro.

El policía masculino hizo una mueca de ligera repulsión, mientras los ojos de la mujer se estrechaban al recorrer el cuerpo de Siobhan.

La ropa de Siobhan estaba cubierta de bolsillos, pero ese estilo no era exclusivo de los magos o hechiceros. Además, el estado de su vestido y la evidente falta de riqueza y higiene no sugerían que fuera una poderosa taumaturga. Había quitado las pocas joyas que normalmente usaba y su conducto estaba guardado con seguridad. Llevaba pantalones en lugar de falda, y si estos le quedaban algo ajustados en los tobillos y sueltos en las caderas, eso únicamente indicaba que no podía permitirse arreglos a medida.

La mujer le apuntó con su varita a Siobhan y ella se tensó nuevamente, temiendo que su engaño hubiera sido descubierto.

Pero, en lugar de ordenarle que se acostara en el suelo con las manos detrás de la cabeza o dispararle un hechizo paralizante, la mujer manipuló los controles del artefacto unos segundos, luego lanzó una onda casi imperceptible que cubrió a Siobhan y le cosquilleó la piel.

El hechizo le irritó las fosas nasales y los ojos, obligándola a parpadear para contener las lágrimas. —¿Algún tipo de hechizo de revelación o nulificación?—pensó.

La policía bajó su varita.—¿Al otro lado de la calle?—mencionó, asentando hacia su compañero, que dudó en bajar también su varita, aunque mantuvo la mirada fija en el rescataor de Siobhan. Pese a su evidente desconfianza, que un caballero fuera de lugar, sin cometer crimen claro, con una mendiga sin hogar, no parecía comparable con la urgencia de encontrar a Siobhan. Tras una última advertencia de denunciar cualquier avistamiento del “hechicero renegado y peligroso” y tomar precauciones para no cruzarse con ella por seguridad propia, los agentes se retiraron.

Siobhan esperó a que ambos desaparecieran antes de inspeccionarse. En lugar de su piel de tono ocre habitual, se veía aún más pálida que su rescatador, y al inclinar la cabeza para mirar su cuerpo, el cabello rubio claro le caía en la cara. Los finos mechones estaban cortados justo por debajo del mentón, en lugar de su habitual melena oscura que le llegaba más allá de la cintura. Sus botas apretaban incómodamente en pies algo más grandes, y estaban bastante segura de haber crecido también a una estatura mayor.

El hombre colocó la puerta de nuevo en su marco y ladeó la vista, observando su cuerpo transformado.—¿Hiciste una ilusión de un hombre sobre ti?—preguntó.—No es lo que esperaba, pero debo admitir que es bastante impresionante.

Siobhan negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos.—No es una ilusión—dijo ella—Y no la casté—continuó en silencio.